



Schmidt y su compañero de coalición, el liberal Genscher, frente a Strauß y Kohl, durante un debate televisado previo a las elecciones del domingo.

La RFA sigue siendo socialdemócrata

VICTORIA moral", dicen los cristianodemócratas alemanes, tras los resultados de las elecciones en Alemania Federal. Helmut Kohl, su jefe, ha reclamado el derecho a gobernar. Son palabras típicas de los que pierden las elecciones. El gran codo a codo de los últimos días se ha resuelto por el poder establecido: la realidad es que los socialdemócratas, con sus aliados los liberales, tienen una mayoría de unos diez diputados (calculada antes de conocerse con exactitud las cifras totales), y que el que va a gobernar, legalmente, con arreglo a las reglas del juego, es quien estaba gobernando, Helmut Schmidt. Las izquierdas europeas han suspirado de alivio ante este resultado que, sin embargo, consagra a un partido moderado, por no decir de la derecha. Los socialdemócratas alemanes renunciaron en su famoso congreso de Bad Godesberg a la lucha de clases, y han mantenido escasamente su lucha contra el capitalismo como "principio moral", según dijeron en 1951. Seguirán desde uno de los países más ricos del mundo, y, sin duda, desde el más sólido de

Europa desde muchos puntos de vista —la economía, la consistencia, la industria—, ayudando a los socialistas europeos. Siempre que sean moderados. Siempre que sean, por lo menos, como Mario Soares.

Pero, en efecto, la cuestión es mucho más compleja que una simple mayoría parlamentaria. Hay varios plazos que cumplir. Uno de

Hans Dietrich Gensler, ha insistido ya en que va a permanecer en la coalición, con la que ha hecho todos estos años de gobierno y toda la campaña electoral. Lo habla dicho antes de las elecciones y lo repite claramente ahora. Sin embargo, tiene su noción de árbitro. El liberal Genscher es ya vicescanciller (diríamos aquí vicepresidente primero del Gobierno) y va a seguir

dos años para las nuevas elecciones. En ellos, los socialdemócratas y sus aliados tienen que hacer un esfuerzo tremendo para que no se les vayan los votos que han conquistado ahora con tanto apuro. Porque aunque no haya verdaderamente "victoria moral" de los cristianodemócratas, hay un visible ascenso de sus votantes —y, por tanto, de sus escaños—, y hay entre ellos una esperanza firme de que las próximas elecciones sean suyas. Para ganar, los socialdemócratas han tenido que tocar a rebato y conseguir una de las cifras más altas de participación electoral que recuerda la historia del país: más del 90 por 100. El ejemplo de la derrota socialdemócrata en Suecia les ha sido útil.

Pero para ganar las próximas elecciones tienen que gobernar de otra manera. Aquí se produce el gran dilema: ¿más a la izquierda o más a la derecha? Si más a la izquierda, la campaña de sus enemigos que les consideran, por una parte, como marxistas y abiertos al comunismo —por la famosa apertura al Este, que inició su anterior jefe y canciller, Willy Brandt, y por las

Eduardo Haro Tecglen

ellos es el de la reunión del primer Parlamento, formado con arreglo a estos resultados. La fecha prevista es la del 14 de diciembre: esto es, dentro de setenta días. Y en estos setenta días, los cristianodemócratas y sus aliados van a hacer lo imposible por atraerse a los liberales, que han estado y están gobernando con los socialdemócratas. Si lo consiguieran, la socialdemocracia no podría gobernar: estaría en minoría. Pero no parece que vayan a conseguirlo. El pequeño partido liberal, por su secretario general,

siéndolo: sin duda, va a querer más ministerios de los que tenía. Va a pretender una influencia mayor de su partido —más a la derecha que los socialdemócratas— en los programas gubernamentales. Es decir, va a tratar de aprovechar el poder no sólo para gobernar en su medida desde él, sino para prepararse para las próximas elecciones, en las que debe buscar un ascenso. Y hay elecciones dentro de dos años.

Tras este primer plazo de setenta días antes de que funcione el nuevo Parlamento, este plazo de

ZANCADILLAS EN LA CARRERA

SIEMPRE me ha preocupado la frase que dice que "cada pueblo tiene el Gobierno que merece". Tiene la rotundidad, la claridad y la sinceridad de todas las grandes mentiras. Hay que mirarle todo el fondo para saber que efectivamente es mentira, incluso en las grandes democracias representativas. La verdad es que nadie se merece un Gobierno.

Tampoco los Gobiernos se merecen un pueblo. Los Gobiernos suelen proceder de alguna ideología pura, y tendrían una maravillosa imagen si no tuvieran que contrastarla con la práctica. Los gobernantes exponen sus programas, sus principios; cada ministro se explaya inteligentemente sobre lo que va a hacer en su Departamento y lo que todos sus colegas de Gobierno van a hacer por el país. Como don Marcelino Oreja en las Naciones Unidas. Lo malo es que después de eso hay que hacerlo de alguna manera. Son críticos, teóricos de la política: como alguien que supiera mucho de escultura, del valor de los volúmenes en el espacio, pero no supiera luego cómo moldear un trozo de barro.

Otra frase, de procedencia inglesa —la anterior es de la escuela francesa—, es la que asegura que los pueblos encuentran siempre "the right man in the just moment". Pienso que si los chilenos habrán encontrado en Pinochet el hombre necesario para el momento preciso, o los franceses en Giscard, o los americanos en Ford o en Carter.

La idea de que los sindicalistas españoles se merezcan a don Enrique de la Mata o que los agricultores encuentren el hombre necesario para su momento preciso en don... ¿cómo se llama el ministro de Agricultura? Me está haciendo pensar desde hace mucho tiempo. No encuentro respuesta. No me la dan don Enrique, don como se llame o cualquiera de estos forzados de la política que están haciendo indudablemente verdaderos esfuerzos por ponerse delante de la gran carrera que se está celebrando. Porque lo que sí es verdad es que los mejores políticos son aquellos que han sabido ponerse delante del impulso por donde va la realidad histórica y política. Ciertamente los nuestros tienen zancadillas por todas partes —en la pierna izquierda y en la pierna derecha—, pero no deja de ser un espectáculo interesante. Dan ganas de hacer un esfuerzo por ayudarles. Pero las reglas del juego parecen prohibirlo, y ellos mismos no se dejan ayudar por quienes podrían hacerlo.

Se me queda al final una pregunta que también me inquieta: ¿se merecen los pueblos la oposición que tienen?

No me atrevo mucho a responder. La oposición también hace todo lo posible por ponerse delante de la carrera, de este maratón en el que ha entrado la vida política española. También les ponen zancadillas. Pero lo más curioso es que los de la oposición se las están poniendo entre sí.

Lo que es la falta de costumbre... ■

POZUELO

La RFA sigue siendo socialdemócrata

formas atenuadas del reconocimiento de la República Democrática Alemana—, y, por otra, como lacayos de los Estados Unidos. Han reunido las dos acusaciones más contradictorias que se puedan hacer hoy y, sobre todo, las que menos se deberían esperar —sobre todo, la última— en boca de los cristianodemócratas que surgieron a la vida pública y gobernaron años y años precisamente por decisión e imposición de los Estados Unidos. Sólo que entonces, los Estados Unidos eran los de la guerra fría; y cuando los Estados Unidos cambiaron de rumbo para inclinarse hacia la coexistencia, necesitaron también cambiar la dirección política de Alemania Federal y apostaron por los demócratas, y esa fue la causa de la apertura al Este. No es fácil al partido socialdemócrata inclinarse más hacia la izquierda, porque la corriente electoral que se ha visto en estas elecciones corresponde a la derecha.

Pero si se inclinan hacia la derecha, pueden perder gran parte de la clientela que ahora tienen, gran parte de unas gentes de izquierda resignadas a que el poder no modifique demasiado las estructuras sociales y no se enfrente con el capitalismo, como era su vocación y su principio moral.

Por otra parte, no pueden negarse a tomar medidas que son abiertamente impopulares, como lo va a ser la elevación del impuesto general. Hay ya un proyecto de ley en ese sentido, y Helmut Schmidt no tiene otra solución más que llevarlo adelante. Digamos que si hubieran ganado los cristianodemócratas habrían también elevado el impuesto general: no es una opción política, sino una opción nacional. Pero ellos lo van a combatir desde la oposición, y ése les va a dar un sentido en la campaña que ya están preparando para dentro de dos años.

Pero, en realidad, si se ha dicho que España es un país ingobernable —lo cual no es justo ni real— se ha dicho siempre que Alemania era el país más fácil de gobernar de Europa, por su sentido de la disciplina y su acatamiento del poder establecido. Al hacer un análisis del resultado de las elecciones y de sus porqués, no hay que olvidar que tradicionalmente muchos alemanes votan al poder constituido, al que está gobernando. Sobre todo, si les va bien personalmente. Y es cierto que a los alemanes les está "yendo bien" desde hace años, y que la democracia socialista ha hecho mucho por la elevación del nivel de vida y por la conservación del poder adquisitivo de la moneda

y su peso en el exterior. Esta baza del poder establecido —que también, cómo no, cuenta mucho en España— ha jugado en estas elecciones y jugará en las próximas. A menos que el interregno sea un período de catástrofes. Lo cual no puede decir nada, porque el mundo está desde años en un desequilibrio que hace imposible todas las predicciones a medio y largo plazo, incluso en el inmediato. Horas antes de celebrarse estas elecciones, eran perfectamente imprevisibles.

El aumento de votos de la derecha, incluyendo los de los millones de jóvenes que votaban por primera vez, unido al resultado de las elecciones en Suecia, puede indicar una leve tendencia de Europa hacia la derecha. Es tan leve la tendencia que no tiene muchas agarraderas para el análisis. En principio, parece que hay un miedo a la aventura, precisamente a esas incógnitas del futuro que parecen bastante claras, y que la sociedad del bienestar, que ha ido creciendo en los últimos años, precisamente gracias a la presión de la izquierda desde las oposiciones, se vuelve conservadora y trata de mantener unos sistemas de defensa de su dinero y de su comodidad, que le ofrece más garantías en la derecha que en la izquierda. Decíamos en la ocasión de las elecciones de Suecia, y se puede repetir en las de Alemania Federal, que la izquierda ha creado una burguesía que precisamente por serlo se vuelve ahora en contra suya. Con todo ello, uno de los espectáculos más interesantes del momento es la evolución de la izquierda francesa y sus posibilidades ante las aún lejanas, pero ya cuidadosamente preparadas, elecciones. Francia sigue siendo el barómetro político de Europa, como lo es desde la revolución francesa, y es una enorme caja de resonancia. Todo lo que suceda en Francia repercute en el mundo. Giscard está ahora atento a sus nuevas reformas políticas con la vista puesta en esas elecciones. Un triunfo de su derecha —una derecha de las que aquí llamamos civilizadas— podría ser muy significativo.

Más certero es el análisis que tienda a mostrar que lo que hay en Europa es un equilibrio de fuerzas. Las últimas elecciones en todos los grandes países, incluyendo a Italia —donde la "victoria moral", y muy visible, fue de la izquierda y, sobre todo, de los comunistas— está demostrando una bipolaridad izquierda-derecha (izquierda moderada, derecha moderada) que desprecia todos los partidos menores. Lección a tener en cuenta en España, donde tratan de configurarse también dos grandes bloques. Aunque aquí la anomalía de la situación no permite demasiada claridad. ■ E. H. T.